

Vayate

Estefi Vicens



# Capítulo 1

*Vayate.*

A Ximena

(por la niñez y nuestros espacios de ternura).

Por Estefani Vicens.

¡Ma! – escuché desde la cocina.

Queeee. Dije y no hubo retorno.

Continué rayando la zanahoria por su corte más fino.

¡Mami, mami! –otra vez se oyó desde la habitación de Vera.

Largué un: - ¡Qué! – corto pero apesadumbrado. Del otro lado nada, sin respuesta. Trate de sostener lo que había leído en un libro de Samanta Schweblin "distancia de rescate", esa demora que se sostiene hasta percibir la sensación de tener que salir corriendo, porque quizás esté por suceder algo terrible. Pero el silencio iridiscente recorrió todo el cordón umbilical imaginario y pegó el tirón de tope. La última rebanada de zanahoria se llevó, además, un cuarto de mi uña del dedo gordo y unas orondas gotas de sangre. Solté el rayador y salí ligero por el pasillo recorriéndolo con cintura, en dos curvas ya estaba asomada a la puerta.

¡No, Vayate!

Fue lo siguiente que escuché de la boca de la niña que estaba sentada muy plácida en su silla a medida, al lado su pequeño hermano movía rápidamente la mano con una pepa pig en miniatura, agregó:

¡No entras, estamos jugando!

La sorpresa me congeló un segundo, no pude ni si quiera corregir lo que había escuchado, que además me cayó simpático, y mientras chupaba mi dedo gordo y saboreaba la sangre dulce, se escapó de mi boca sin pensar:

¡ah perdón perdón!

Tardé, pero entendí que se trataba de un diálogo entre los personajes que estaban en sus manos y a la vez éstas dentro de la casita de madera en la que jugaban. Dí media vuelta y la cintura se achanchó, volví despacio a la cocina, chancleteando, me toqué el muslo y me di cuenta que en el apuro

había secado mis manos en la pollera y la había mojado dejando una pequeña huella de sangre. Recordé esa charla con mi amiga sobre el síndrome materno y las manchas en la ropa, o el pegote en el cuerpo, que más de una vez descubrí cuando ya estaba en situación y, aunque fue imposible limpiarlo, raspé con la uña hasta dejarlo prolijamente desparramado y visible.

Volví a la escena, mis hijos con dos y cuatro años acababan de echarme de su espacio de juego, no corrían ningún peligro, no peleaban, no necesitaban nada. Habían comenzado a jugar por un rato juntas. Una sensación de satisfacción, acompañada de media sonrisa, me atiborro y le ganó al miedo a quedar del otro lado de la puerta, donde empezaban a conocerse y nos dejábamos un poco.